

RESIDENT EVIL™

VOLUMEN 3

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS



S.D.PERRY BASADO EN EL
VIDEOJUEGO DE CAPCOM

minotauro games

RESIDENT EVIL

VOLUMEN 3

La ciudad de los muertos

S. D. PERRY

minotauro games

Título original: *City of the Dead*

Traducción: © Juan Pascual Martínez

© Capcom. All Rights Reserved.

CAPCOM y RESIDENT EVIL son marcas registradas de Capcom CO., Ltd.

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0661-0

Depósito legal: B. 14.459-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

26 de septiembre, 1998

Los demás la estaban esperando fuera, junto a la camioneta de Barry, por lo que Jill procuró apresurarse. No le fue fácil: la casa había quedado completamente revuelta desde la última vez que ella había estado allí. El suelo de todas las habitaciones estaba cubierto por montones de libros y de papeles, y el lugar estaba demasiado oscuro para andar con rapidez por aquel mar de desechos. Le cabreaba que su pequeño hogar hubiese sido invadido de esa manera, aunque no le sorprendía en absoluto. Se figuró que al menos tenía la buena suerte de no ser una persona sentimental... y de que los intrusos no hubieran encontrado su pasaporte.

Agarró un puñado de calcetines y de ropa interior limpia en mitad de la oscuridad de su dormitorio y lo metió todo sin orden en su desgastada mochila, deseando poder encender las luces. Hacer la maleta en la oscuridad era mucho más difícil de lo que parecía, y lo sería de todos modos aunque no le hubieran registrado a fondo la casa. Sin embargo, sabía que no debía correr riesgos. Era poco probable que Umbrella todavía estuviese vigilando sus casas, pero si alguien lo estaba haciendo, una luz en cualquier habitación podría atraer disparos.

Al menos has salido al exterior. Se acabó el esconderse.

Y ésa era la única parte buena. Se dirigían a un país extranjero para asaltar las oficinas centrales del enemigo, y lo más

probable es que los mataran en la operación, pero al menos no tendría que permanecer en Racoon City por más tiempo. Y, por lo que había leído en los periódicos, quizás era lo mejor. Dos ataques en la última semana... Chris y Barry se mostraban escépticos con respecto al peligro que aquello pudiera representar, aun a sabiendas de los efectos del virus-T en la gente. Barry creía que era algún tipo de truco de publicidad, que Umbrella «rescataría» a Racoon City antes de que nadie resultase realmente herido de gravedad. Chris se mostró de acuerdo con esa idea e insistió en que Umbrella no se atrevería a echar mierda en el jardín de su propia casa, es decir, en la ciudad, y menos si se tenía en cuenta que el desastre de la mansión Spencer había ocurrido hacía tan poco tiempo. Sin embargo, Jill no quería suponer nada: los tipos de Umbrella ya habían demostrado que no eran capaces de «contener» los resultados de su investigación. También habría que tener en cuenta lo ocurrido a Rebecca y David Trapp en los laboratorios de Maine...

No era el momento de ponerse a recordar aquello: tenían que tomar un avión. Jill dejó de apuntar al armario con la linterna y, cuando ya estaba a punto de salir para dirigirse a la sala, se acordó de que sólo llevaba un sujetador encima. Gruñó y se dio la vuelta de nuevo para comenzar a rebuscar en los cajones abiertos. Ya tenía ropa más que suficiente, escogida entre la que Brad había dejado atrás en su piso cuando había salido huyendo de Racoon City. Ella y los chicos habían permanecido ocultos en la casa vacía durante varias semanas, desde que Umbrella había atacado la casa de Barry. Aunque la ropa de Brad no le servía a Chris, demasiado alto, ni a Barry, demasiado fuerte, ella había logrado aprovecharla. Sin embargo, la ropa interior femenina no era parte del vestuario del piloto de los STARS, y a Jill no le apetecía bajarse del avión e ir a comprar sujetadores en cuanto llegasen a Austria.

—Vanidad, tienes nombre de corsé¹ —murmuró en voz baja mientras manoteaba entre el montón de ropa.

1. Juego de palabras que hace referencia una frase de «Otelo», un drama de William Shakespeare: «Fragilidad, tienes nombre de mujer». (*N. del t.*)

Encontró uno de los esquivos sujetadores después de registrar dos veces los cajones, y lo metió completamente arrugado en la mochila mientras trotaba hacia la pequeña entrada de la casa de alquiler.

Era la segunda vez que había pasado por allí desde que habían decidido ocultarse, y tenía la sensación de que tardaría bastante tiempo en volver. Decidió que se llevaría una fotografía que tenía oculta en uno de los libros colocados en las estanterías.

Pasó con agilidad por encima de los confusos montones y bultos que había en el suelo. Tapó con una mano el extremo de la linterna y apuntó el estrecho haz de luz hacia la esquina donde debía estar la estantería y el libro que buscaba.

La estantería ya no estaba. El equipo de Umbrella lo había arrancado todo de la pared, pero no parecía que hubiesen registrado los propios libros. Sólo Dios sabía qué era lo que buscaban con exactitud. Probablemente intentaban encontrar alguna pista para descubrir el paradero de los renegados de STARS. Después del ataque contra la casa de Barry y de lo que había ocurrido durante la desastrosa misión en la Ensenada de Calibán, ella no se hacía ilusiones con respecto a las probabilidades que tenían de que Umbrella no prestara atención a sus actos.

Jill descubrió por fin el libro que estaba buscando, un ejemplar de tapa blanda de una novela bastante sensacionalista titulada *La vida en la prisión*. Su padre se habría partido de risa. Recogió el libro del suelo y hojeó entre sus páginas. Se detuvo cuando la luz iluminó el rostro sonriente y burlón de Dick Valentine. Le había enviado la fotografía en una de sus últimas cartas, y ella la había metido en el libro para no perderla. Esconder los objetos importantes para ella era un hábito que había adquirido desde muy pequeña, una costumbre que le había sido útil una vez más.

Dejó caer el libro y, mientras miraba la fotografía, se olvidó de la prisa que tenía. En sus labios se dibujó una leve sonrisa. Probablemente era el único hombre al que incluso le sentaba bien el traje naranja de la prisión de máxima seguri-

dad. Se preguntó por un momento que pensaría él de la situación en la que se encontraba metida. En cierto modo, él era responsable de ella. Bueno, al menos de que hubiera ingresado en los STARS. Después de que lo encerraran, había insistido para que dejara el negocio de los robos e incluso llegó a decir que se había equivocado al entrenarla como ladrona...

Así que cambié de trabajo, e incluso me puse a trabajar para la sociedad en lugar de enfrentarme a ella, y luego la gente de Raccoon City comenzó a morir. Los STARS descubrimos una conspiración para crear armas biológicas complejas con un virus que convierte a todo bicho viviente en un auténtico monstruo y, por supuesto, nadie nos cree, y los miembros de los STARS que Umbrella no puede comprar son desacreditados ante el mundo o son eliminados. Así que nos escondimos, intentamos sacar a la luz alguna prueba y acabamos con las manos vacías, mientras Umbrella continúa jodiendo a todo el personal con sus peligrosas investigaciones y más gente honrada muere por su culpa. Y ahora nos embarcamos en una misión suicida en Europa, con la intención de infiltrarnos en las oficinas centrales de una compañía multimillonaria y así impedir que destruyan todo el maldito planeta. Me pregunto qué es lo que pensarías. Bueno, suponiendo que te creyeras todo eso, ¿qué pensarías?

—Te sentirías orgulloso de mí, Dick —susurró, sin apenas darse cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Tampoco estaba muy segura de que aquello fuera verdad. Su padre quería que trabajara en algo *menos* peligroso, y comparado con lo que ella y sus ex compañeros de los STARS iban a enfrentar, el robo con escalamiento era tan peligroso físicamente como la contabilidad.

Después de un largo instante, colocó con cuidado la fotografía en uno de los bolsillos de la mochila y miró alrededor, a los destrozados restos de su pequeña casa, sin dejar de pensar en su padre y en lo que diría sobre el extraño rumbo que había tomado su vida. Si todo salía bien, quizá podría contárselo en persona. Rebecca Chambers y los demás supervivientes de la misión en la Ensenada de Calibán todavía se mantenían ocultos. Con discreción, habían entrado en contacto con los de-

más miembros de confianza de la organización de los STARS en busca de apoyo e información, mientras esperaban que ella, Chris y Barry les contaran lo que sabían de las oficinas centrales de Umbrella. La sede oficial estaba en Austria, aunque sospechaban que las mentes que habían planeado todo el proyecto del virus-T se encontraban ocultas en algún otro lugar...

Lugar que no encontrarás si no mueves el trasero. Los chicos pensarán así que te has parado a echarte una siesta.

Jill se echó al hombro la mochila y dio un último vistazo a la habitación antes de retroceder hacia la puerta trasera, atravesando la cocina. En el aire se percibía un ligero olor a fruta podrida procedente de un cuenco de manzanas y peras que había encima de la nevera y que ya hacía tiempo se había desintegrado en un montón de moho y polvo. Aunque conocía su origen, el olor le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal. Apresuró el paso para acercarse a la puerta de salida mientras intentaba detener la oleada de recuerdos sobre lo que habían encontrado en la mansión Spencer...

Pudriéndose mientras seguían caminando, intentando agarrarme con sus húmedos y descarnados dedos, con los rostros deritiéndose convertidos en una masa de pus y carne podrida...

—¿Jill?

Ella apenas pudo contener un grito de sorpresa al oír la llamada en voz baja de Chris, que todavía estaba fuera. La puerta se abrió, y la silueta de Chris quedó recortada en la oscuridad por la luz de una lejana farola.

—Sí, estoy aquí —contestó al mismo tiempo que daba un paso adelante—. Siento haber tardado tanto. Los de Umbrella han pasado por aquí con una máquina excavadora.

A pesar de la escasa luz, pudo ver la media sonrisa en su juvenil rostro.

—Estábamos empezando a pensar que te habían pillado los zombis. —Aunque el tono de voz de Chris era risueño, ella advirtió cierto grado de preocupación en ella.

Jill sabía que su intención era reducir la tensión del momento, pero no pudo responder a la sonrisa. Había muerto demasiada gente por culpa de lo que Umbrella había dejado

escapar a los bosques que rodeaban Racoon City. Si el escape del virus se hubiera producido en el centro de la ciudad...

—No tiene gracia —fue lo único que dijo.

La sonrisa de Chris se esfumó.

—Lo sé. ¿Estás lista?

Jill asintió, aunque no se sentía realmente preparada para lo que se les avecinaba. Sin embargo, tampoco se había sentido preparada para lo que dejaban atrás. Su concepto de realidad había cambiado bruscamente en cuestión de semanas, y las pesadillas se habían convertido en lo habitual.

Grandes compañías malvadas, científicos locos, virus asesinos, sin olvidar los muertos vivientes...

—Sí —contestó por fin—. Estoy lista.

Salieron juntos. En el mismo instante en el que Jill cerró la puerta, tuvo una repentina y ominosa sensación: jamás volvería a poner sus pies en aquella casa, ninguno de ellos regresaría nunca a Racoon City...

Pero no porque nos vaya a pasar algo. No, algo va a pasar, pero no será a nosotros.

Permaneció, ceñuda, con el pomo de la puerta en la mano, dudando por un momento mientras intentaba darle un sentido a esa extraña sensación. Si sobrevivían a la operación de reconocimiento, si lograban tener éxito en su lucha contra Umbrella, ¿por qué no iban a poder regresar a sus casas? No lo sabía, pero la sensación era tremendamente poderosa. Algo saldría mal, algo iba a ocurrir...

—Eh, Jill, ¿estás bien?

Jill levantó la mirada y vio en su cara el mismo gesto de preocupación que momentos antes. Habían llegado a conocerse bastante bien en las últimas semanas, aunque ella sospechaba que Chris deseaba conocerla aún más.

Ah, vaya. ¿No te gustaría a ti también?

La sensación de catástrofe se fue diluyendo, y otras sensaciones confusas la reemplazaron. Jill sacudió mentalmente su cabeza y asintió con un gesto de la barbilla, mientras dejaba de lado sus sentimientos. El vuelo a Nueva York no iba a esperarla para que se dedicara a revisar sus sentimientos o para

que se preocupara por asuntos que no podía controlar, fueran imaginados o verdaderos.

Y, sin embargo, esa sensación...

—Salgamos de una vez de aquí —dijo por fin, y lo dijo de corazón.

Se adentraron en la noche y dejaron la oscura casa a sus espaldas, silenciosa y solitaria como una tumba.